

# LA VISITA

un relato de

Francisco J. Tapiador

[4000 palabras, exactamente]

**M**ei estuvo a punto de chocarse con otra estudiante cuando llegaron a su destino. La suavidad del deslizamiento cuántico del autobús la había adormecido durante el trayecto, y al dejar el asiento no reparó en que una chica pasaba en ese momento por el pasillo.

—¡Perdona! —se disculpó la chica—. Iba distraída y no te he visto salir.

—No pasa nada —respondió Mei sonriendo—. Ha sido culpa mía. Adelante, por favor —dijo mientras cedía el paso—. La chica sonrió también, saludando con la cabeza, y caminó hacia la salida.

—Que tenga un buen día —les dijo el vehículo al salir.

—Lo mismo digo —respondió la chica.

—¿Respondes al saludo de las máquinas? —le preguntó Mei, a su espalda.

—Sí, siempre. Mis padres me enseñaron a ser educada también con los robots. Al que cuida a mi abuelo le hace gracia, y me lo dice. Tenemos conversaciones estupendas. Cuenta con un algoritmo muy avanzado para ser generación-3.

Mei rio.

—¿Vienes mucho al campus? —preguntó Mei a la desconocida.

—No, qué va. En realidad, he venido hoy por primera vez. Quiero conocer a mi maestra. Me llamo Lupe, por cierto.

—Yo, Mei —dijo, mientras le saludaba enseñando la palma de la mano— Por curiosidad, ¿en qué idioma estás hablando?

—En español. ¿Y tú?

—En chino cantonés. ¿Sabías que antes la gente se pasaba años y años estudiando idiomas para poder comunicarse?

—Sí, antes de que perfeccionaran los *tradófonos*. En realidad, este aparato no tienen ni veinte años.

—Dicen que los primeros modelos eran horribles. Tardaban más de dos segundos en traducir lo que decías, y la gente tenía que esperarse. Y no entendían ni chistes, ni frases hechas, ni nada que no fuera sujeto-verbo-predicado.

—No sé cómo podían vivir así, la verdad.

—Yo tampoco —confesó Lupe.

Caminaron juntas a lo largo de la entrada al campus. Mei iba hacia el laboratorio de tejidos. Le dijo a Lupe que estaba aprendiendo a diseñar órganos internos. En un mes tenía que entregar un hígado funcional.

—¿Vienes mucho al campus? —preguntó Lupe.

—Sí, casi cada día. Vivo cerca, y me gusta mirar cómo se hacen los experimentos. Desde *la singularidad* del 2033 todos los laboratorios están automatizados, pero a mí me gusta ver a las máquinas en acción. ¿Tú vives lejos?

—Vivo arriba, a 600 kilómetros de altura, en una de las colonias.

—¿Y qué currículum sigues? —preguntó Mei.

—El ‘genérico-1’: matemáticas, física, química, biología, gramática, retórica, letras, computación e ingeniería mecánica.

—¿Cuánto tiempo piensas dedicarle a la universidad? —quiso saber Mei. Ella no tenía muy clara su opción, y por eso preguntaba a todo el mundo.

—Unos dos años más. En cuarto decidiré si continúo para acabar con el grado de ‘experta’, o si comienzo en una empresa y me especializo en lo que hagan allí. Ahora no lo tengo claro, la verdad... ¿Y tú?

—El ‘específico-7’. Lo quiero hacer en tres años, pero tampoco lo he decidido aún. Ya llevo uno.

—¿Cuál es ese currículo?

—Las tres comunes: ya sabes, matemáticas, gramática y retórica; más unas cuantas ‘bios’: biología, bioquímica, biofísica, biomedicina, biomecánica, bioinformática y biotecnología.

—¿Y cómo es que has bajado para ver a tu maestra? Pensé que se podían hacer todos los cursos sin venir nunca al campus.

Desde hacía muchos años, desde que se dejaron de dar clases magistrales, los profesores apenas si trataban en persona con sus alumnos. Cualquier asunto se podía tratar de manera remota. La mayoría elegía el holograma como medio de comunicación. Los profesores solían optar por el holograma sin edición, los más parecidos al natural, mientras que los alumnos lo hacía al revés: casi siempre añadían un rénder, un enlucido, a sus caras o a sus cuerpos. Algunos incluso elegían un avatar o un animal. Eso se toleraba, pero no estaba bien visto.

—Tengo que preguntarle algo —contestó Lupe.

—¿Lo de que en qué año acabar los estudios?

—No, eso no. Es otra cosa que necesito conocer.

—¿Y no lo puedes hacer en remoto?

—No, no; esto se lo tengo que preguntar en persona. Me trato mucho con ella, casi todos los días; pero esto ha de ser en vivo.

—¡Qué curioso! —dijo Mei, a quien siempre le atraía todo lo que se salía de la norma—. ¿Y qué le tienes que preguntar?

—Eso no te lo puedo decir... —dijo Lupe bajando la cabeza como disculpándose— Tengo que hacerle la pregunta primero a ella. No me importaría que lo escucharas al mismo tiempo, pero no te lo puedo decir antes.

—Ah... —exclamó Mei, sorprendida, mientras empezaba a evaluar opciones—. “¿Sería algo personal? ¿Habría encontrado algún fallo en los recursos docentes? ¿Querría cambiar de programa?”

—Dicen que es una mujer muy interesante —dijo Lupe cambiando de tema—. Que merece la pena pasar un rato con ella. Es matemática, pero dicen que sabe mucho de todo. Estoy muy ilusionada de conocerla en persona.

Mei la miró sonriendo. Sonaba bien; una maestra. Quizá podría ella también hacerle un par de preguntas.

—Oye, ¿crees que podría acompañarte?

—¡Claro! —respondió Lupe—. Pero tendré que hacer una solicitud oficial; ya sabes cómo es esto.

Lupe dio la orden a su asistente para que se activase, y empezó a dictar la petición para su maestra.

—Para la doctora Palas —añadió como destino—, de su estudiante Lupe. ‘Estimada maestra. Me encuentro ya en el campus para la cita que hemos concertado. Me pregunto si sería posible que me acompañase una alumna de otros estudios. Tiene interés en conocerla y preguntarle también un par de cosas. Gracias. Aguardo su contestación’.

Apenas había enviado el recado que llegó la respuesta.

—Dice que por supuesto —leyó Lupe a Mei.

Y juntas se dirigieron al edificio de las estancias de los profesores. Aunque muchos de ellos vivían fuera del campus, o incluso de la región, otros vivían en los cuatro colegios que les ofrecía la universidad.

Mei y Lupe entraron en el edificio, cuyo cuerpo principal era un cubo de tres pisos. Como siempre, Lupe saludó al guardia robot que le dio los buenos días cuando Lupe le miró directamente. Mei rio otra vez de la extraña costumbre de su nueva amiga.

Las dependencias de los profesores se ordenaban alrededor de un patio central, como en los colegios europeos antiguos, herederos a su vez de las abadías y monasterios. Pero los maestros, los profesores más distinguidos, tenían un espacio aparte, en el otro extremo de la entrada y un poco separado del cubo.

Allí, entre un bosque tupido, se diseminaban pequeños cubos, de diverso tamaño y a una distancia generosa unos de otros, de manera que no se molestaban la vista. Los maestros con familia tenían cubos más grandes, mientras que a los que vivían solos les asignaban los más pequeños.

Era costumbre que no se pudiera pisar el césped central de cubo, de manera que este siempre estuviera libre para que la vista se relajase en él, así que cruzaron el claustro bordeando los lados. Al salir, tomaron una plataforma deslizante para ir hasta el despacho de la maestra. En el campus estaba prohibido utilizar plataformas para que la gente hiciera ejercicio, pero cuando las distancias eran más largas de lo normal se habilitaban los medios.

Tardaron unos diez minutos en llegar viajando a una buena velocidad. El terreno era ondulado, y las estancias de la maestra estaban en un pequeño valle. Era de los cubos más grandes que había en todo el campus.

La maestra esperaba en la puerta. Al verlas acercarse, saludó con la mano, jovial. Vestía una blusa azul y unos vaqueros, y llevaba unos tenis blancos. Muy morena, de rasgos firmes, sonreía. Tenía esa edad indefinible de la gente que había seguido el tratamiento de regeneración celular. Aunque aún quedaba gente que prefería envejecer, la mayoría de la gente que llegaba a los treinta y tres lo solicitaba.

Tras las presentaciones, les ofreció una bebida caliente, que las estudiantes aceptaron. A las dos les encantó la casa y el entorno, aunque era difícil rivalizar con las vistas de Lupe desde la colonia espacial, ese panorama siempre cambiante del planeta en un lado y un

cielo cuajado de estrellas en el otro. Charlaron de la vida durante un rato. No había prisa; las tutorías podían durar todo el día si era necesario.

—¿Siempre ha estado aquí, en esta universidad? —le preguntó Mei.

—No. Llegamos hace siete años. Hemos viajado mucho. Es una de las ventajas de ser maestra, que te puedes trasladar a la universidad o al centro de investigación que quieras con facilidad.

—¿Y por qué eligieron venir aquí?

—Nos gusta el mar. Sentarnos, ver su inmensidad, lo sublime de su presencia. Y aquí, está muy cerca. Y también porque hay profesores muy buenos con los que charlar, y eso es muy estimulante. Ayuda a pensar mejor.

—¿Ha subido alguna vez a alguna colonia?

—Sí, claro. Estuvimos de estancia en una de ellas durante un par de meses. Son preciosas. Pero no son para nosotros.

—¿En qué idioma nos está hablando usted, por cierto? —preguntó Lupe—. No lo identifico.

—Es griego clásico, una lengua muerta. Es decir, ya no se habla en ningún lugar.

—¿Y por qué la emplea usted?

—Porque me permite pensar de una manera más clara. La aprendí de joven, y así pude formarme otra personalidad.

Mei no salía de su asombro.

—¿Aprendió usted *otra* lengua? ¿A propósito?

—Sí. Pero es porque soy una persona mayor, además de algo peculiar. No es algo para todo el mundo... ni siquiera es recomendable. Depende de a lo que te quieras dedicar en la vida. No soy un buen ejemplo para el 99% de la gente. Por cierto, y cambiando de tema: ¿tú no visitas a tu maestra, Mei?

—No —contestó ella—. Nunca he hecho uso de ese servicio. El mío se hace llamar maestro, por cierto.

—Pues muy mal —le reprendió la maestra.

Mei se quedó cortada. No estaba acostumbrada a que nadie la reprendiera, y menos un profesor; aunque fuera una maestra.

—¿Por qué lo dice? —dijo, poniéndose a la defensiva.

—Porque solo hablando con esa persona podrás resolver las preguntas más importantes: aquellas que surjan de tu interior. Hace mucho que los docentes dejamos de dar información, Mei. Cualquier dato es accesible al momento. Las pruebas de progreso son automáticas, las lecciones las tienes en cualquier formato que elijas y de varias formas diferentes, contadas por los que son mejores explicando o escribiendo. Puedes elegir entre ver el tema en 5, 10 o 60 minutos. Tienes asistentes virtuales que te resuelven las dudas técnicas. Puedes elegir las lecciones del temario, puedes trabajar al ritmo que quieras... La educación ha cambiado mucho en los últimos veinte años. Al igual que la medicina. Ahora todo el mundo va a la universidad.

Mei asentía, tomando nota.

—Pero Lupe no ha bajado hasta aquí para recibir una lección de historia, ¿no es cierto?

Lupe sonrió, relajándose un poco.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó la maestra.

Lupe tomó aire. Llevaba varios meses esperando aquel momento. No sabía qué podía suceder, pero sí que tenía que arriesgarse. Respiró, mientras Mei aguardaba, expectante.

—He venido para pedirle por favor que me enseñe su biblioteca personal —soltó, al fin.

La maestra la miró unos segundos, en silencio.

—¿Sabes? Nunca nadie me lo ha pedido. Y llevo 60 años como académica.

La maestra volvió a quedarse en silencio, escudriñando a Lupe y a su nueva amiga. Le llamaron la atención los ojos verdes de Mei.

—¿Por qué quieres que te enseñe mi biblioteca, Lupe?

—Porque ya llevo dos años del genérico-1, y creo que me falta algo que no está en el programa.

—¿Y crees que sabiendo lo que yo he leído, y lo que pretendo leer, lo sabrás?

—Sí.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Creo que hay algo que se escapa a lo que se puede enseñar en los programas. Tengo la necesidad de saber si hay más.

—Nunca nadie ha tenido esa necesidad. El currículo le va muy bien al 99% de los estudiantes. Tenemos las tasas de satisfacción más altas de la historia. La atención ahora es personal, y todo el mundo aprende lo que necesita saber, más tarde o más temprano. No se deja a nadie atrás. Nunca. Ya conoces el lema de esta universidad: *No person left behind*.

—Lo sé —dijo Lupe.

—¿Me enseñará su biblioteca?

La profesora sonrió, y con mucha amabilidad, respondió.

—No, no deseo enseñarte mi biblioteca.

Mei se quedó helada al escuchar aquello. Le parecía inconcebible que una maestra pudiera negarse a una petición tan aparentemente trivial.

Lupe la miró fijamente.

—En ese caso me temo que tendré que apelar al senado —dijo, muy segura.

—Estás en tu derecho —respondió la maestra, sin perder la sonrisa.

Mei las miraba a los dos, a la expectativa. Esto era lo más emocionante que le había pasado nunca en la universidad. Un duelo entre una estudiante y un maestro. Cuando se lo contara a sus amigos no se lo iban a creer.

—Puedes hacerlo ahora mismo —invitó la maestra—. El sistema de inteligencia artificial del senado contesta a las reclamaciones en tiempo real. No tienes más que enviar tu recurso a mi decisión, y nos darán el dictamen en segundos.

—¿No hay ninguna persona a cargo? —preguntó Mei.

—Sí, pero están más dentro del sistema. Para temas muy complicados. Aunque esos cada vez son menos. Este tema lo resolverá la máquina.

—¿Le molesta si redacto aquí mismo mi petición? —preguntó Lupe.

—En absoluto —respondió la maestra—. Yo mientras puedo ir hablando con tu compañera, si ella quiere.

A Mei le gustaba mucho hablar con la gente, desde siempre. Era muy sociable. Tenía un impulso casi irrefrenable de socializar.

—¿Qué programa de estudios sigues? —le preguntó la maestra.

—Específico-7 —contestó Mei.

—Ya veo. ¿Has decidido ya a qué profesión dedicarte?

—Quizá sea médico. O biotecnóloga de tejidos. O cirujana. No lo sé.

—Son profesiones preciosas. ¿Qué planes tienes para después?

—Un hospital. Iré al Instituto Mojica de Alicante, si me admiten. Sé que hay montones de puestos disponibles para mí en el área metropolitana, pero para algunos sitios concretos hay mucha competencia. Si les gusta mi combinación de habilidades y destrezas es posible que me escojan.

Mientras la maestra seguía charlando con Mei, Lupe armaba su reclamación. Era buena en retórica, había aprendido mucho a través de los vídeos y los recursos que la universidad ponía a su disposición, y también había redactado buenos trabajos para las certificaciones de aprovechamiento de las prácticas. Pero, como decían siempre en todos los cursos, lo importante no era tener un título, sino lo que uno sabe hacer.

—Ya lo tengo —dijo Lupe— ¿quiere leerlo antes? No quisiera decir ninguna inconveniencia.

—Será mejor si te envió lo que creo que van a decir, y esperas a que te den la respuesta para leerlo.

Lupe envió el mensaje, y al cabo de cinco segundos llegó la respuesta. Leyó: “El senado considera que la petición es prerrogativa de la maestra. En todo caso, si este se aviniera, sería necesario que la estudiante firmara los siguientes términos y condiciones.” Y seguían veinte páginas de un contrato detallado.

—¿No quieres comprobar si acerté? —preguntó la maestra.

Lupe abrió su mensajero, y leyó mientras Mei se acercaba por detrás para curiosear.

—“Te van a decir que lo que yo quiera, pero que si digo que sí tendrás que firmar un montón de condiciones” —leyó Lupe, un tanto decepcionada.

La maestra sonreía. Pero era una sonrisa bondadosa, o así lo percibió Mei, que era muy observadora de las reacciones de la gente.

—¿No hay nada que hacer? ¿No puedo convencerle? —insistió Lupe.

La maestra siguió sonriendo.

—La relación entre maestro y estudiante tiene esos parámetros, Lupe. No es apropiado que te muestre mi biblioteca. Eres mi estudiante.

—Y si no fuera su estudiante, ¿me lo mostraría?

—Es posible. Pero aun así, tendrías que firmar la lista interminable de descargo de responsabilidad que han escrito los abogados.

—¿Qué pone en la lista? —quiso saber Mei.

—Oh, es muy sencillo. Liberas de toda responsabilidad al docente, a la universidad y a los patrocinadores por lo que te pueda pasar una vez que continúes. Cualquier cosa: desde lesiones porque se te caiga una maceta, o te de una descarga eléctrica, hasta los daños mentales irreversibles que (inevitablemente) sufrirás en el trato con tu maestro.

Lupe no podía ocultar su excitación. Ni su frustración. Tenía que conseguir entrar allí a toda costa.

—Ella no es su estudiante —dijo Lupe, señalado a Mei—. ¿La dejaría entrar a ella? ¿Se lo permitiría?

—¡Eso es cierto! —dijo Mei, triunfante.

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir? —preguntó la doctora Palas, extrañada.

—Pues que su argumento es que no quiere enseñarme su biblioteca porque soy su estudiante. Pero ella no lo es. Puede enseñárselo a ella, con la que no tiene ninguna relación docente.

—Buen intento —concedió la maestra—. Tu lógica es irreprochable... ¿Firmarías el acuerdo sin leerlo, Mei?

Mei dudó. No estaba acostumbrada a firmar documentos sin leerlos. Se quedó bloqueada.

—Ya veo... —dijo la maestra—. Bien, de acuerdo. Lupe, si tu amiga firma la dejaré ver mi biblioteca. Luego tú podrás pedirle que te cuente lo que ha visto.

Lupe asintió, resignada. Eran migajas, pero era mejor que nada.

—Pero dime una cosa antes, Lupe —dijo la maestra, con una expresión seria—. ¿Has venido con Mei por accidente?

—Oh, sí —se anticipó Mei a contestar—. Hemos tropezado en el bus y luego nos hemos puesto a hablar. He sido yo quien le pidió a ella acompañarla a verla a usted.

La maestra miró a Lupe, que ni pestañeaba.

—¿Y ese traspies ha sido accidental, Lupe? ¿La has inducido a que te acompañara, sabiendo que me negaría a enseñarte mi biblioteca, y que quizá podrías utilizarla para saber qué es lo que guardo? ¿Has utilizado a Mei? —preguntó la doctora Palas.

Mei se quedó helada, esperando una rápida negación de Lupe que no llegó.

—Harías mejor en ser sincera —añadió la maestra.

Lupe miró a Mei, disculpándose con un gesto, y contestó:

—Sí...

Mei abrió mucho la boca, sin dar crédito a lo que escuchaba. Lupe reconoció su reacción: la chica se había hecho ilusiones de que fueran amigas, pero aquello lo estropeaba todo. La había decepcionado.

—Sería inútil que ella viera mi biblioteca por ti, Lupe —le dijo la maestra—. Solo nos fijamos en aquello que nos puede servir. Ella te transmitiría sus propias necesidades. Quizá la respuesta a sus preguntas, pero no a las tuyas. Y además, su pregunta, su necesidad, no es conocer mi biblioteca, con lo cual todo el ejercicio sería inútil.

Lupe bajó la mirada. Se había quedado sin nada que decir, y sin ninguna estrategia. Había perdido.

—Además, Mei no tiene las mismas necesidades que tú. ¿Verdad Mei?

—¿Qué quiere decir? —preguntó la chica, extrañada.

—¿Cuál es tu número de serie, Mei? Mi código de autorización es 27182.

Esta vez Mei respondió inmediatamente a la orden.

—JCN-2040-5/Track07Trauma

—Bueno, qué maravilla. Una generación-5 recién salida del horno y lista para aprender a ser cirujana de accidentes —explicó Palas.

Lupe se quedó boquiabierta. Nunca había visto a una genoide tan avanzada.

—Son de la última hornada. Casi indistinguibles —anotó la maestra—. Pero ya hablaremos de eso. Ahora sígueme, Lupe.

Abrumada y confusa, Lupe obedeció. Entraron en la casa, y subieron por una escalera de caracol hasta el piso superior. Al llegar, Lupe no pudo ahogar una exclamación. Lo que estaba viendo era tan increíble que casi olvidó que acababa de confundir a Mei con una humana.

—Pero... —balbuceó—. Su biblioteca, ¿es de papel? ¿No es digital?

A lo largo de tres paredes se entendían filas y filas de libros más o menos ordenados, y muy diferentes. Les había grandes, pequeños; encuadernados lujosamente o en rústica, de diferentes colecciones... de hecho, Mei no había visto nunca tantos libros juntos. Hacía mucho tiempo que las bibliotecas universitarias se habían convertido en un

centro de distribución. Había libros, sí, pero ya nadie vagaba por las estanterías pudiendo conseguir cualquier libro en formato digital.

—Tengo muchos libros digitales, sí —contestó la maestra—. Pero mi biblioteca de trabajo es de papel. Hay personas que aprendemos mejor recordando en qué página de qué libro estaba algo. Yo me acuerdo hasta de en qué parte del libro hay algo: si es al principio, al medio, al final... Y desde luego me acuerdo siempre de la encuadernación, o de la portada si es singular. Estos detalles son como etiquetas que ayudan al cerebro a organizar la información.

Lupe asintió. Era su caso. Desde niña, aprendía mejor lo que conservaba escrito en papel que lo que solo pasaba por su tableta.

Lupe recorría fascinada las estanterías. Había palabras que ni conocía.

—¿Qué es la filosofía? —preguntó.

La doctora Palas sonrió.

—Una disciplina muy antigua. Hoy se estudia como una rama de la literatura. Solo aparece en el currículum del ‘específico 13’.

—Me pasaría el resto de mi vida leyendo estos libros... —confesó Lupe.

—A veces pasa —dijo la maestra—. Es normal. Algunos estudiantes nunca llegan a estar cómodos con el currículum. Da igual la disciplina, que siempre sienten que les falta algo. No saben lo que es, pero notan un hueco. Y tú eres una de esas personas. Pero está bien, no te preocupes.

—¿Sí? ¿seguro? —Lupe balbuceó. Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Tranquila. Todo está bien. Has decidido hace tiempo que quieres dedicarte a esto, pero no te atreves a reconocerlo. No quieres hacerte ilusiones, y temes que se te diga que no es posible. Nadie sabe cómo funciona, no hay un programa de formación, ni una convocatoria, ni nada. Has buscado por todos los sitios y no has encontrado nada. Solo sabes que acabas los estudios y puedes elegir entre montar tu propio negocio o entrar en la empresa que quieras a trabajar. No has encontrado qué hay que hacer para seguir estudiando. Y es normal,

porque no hay información disponible. Los programas doctorales acabaron hace muchos años. Hoy todo el mundo que acaba una carrera se va fuera de la universidad a desarrollar su vida. Hay empleo para todos. La energía es gratis, gracias a la fusión nuclear, y por tanto también es gratis el transporte y la generación de alimentos. No hay que competir por unos recursos escasos. La esperanza de vida nunca ha sido tan alta. Pero tú tienes una intuición. Y una necesidad. Y ambas te han traído hasta aquí.

Lupe asintió.

—No debe darte vergüenza admitirlo. Es normal. Bueno, es normal en un estudiante de entre diez mil. A algunos les devora la necesidad de seguir aprendiendo. Y dedican su vida a seguir estudiando. Para este tipo de gente, ese es el mejor trabajo del mundo, seguir aprendiendo. No serían felices de otra manera. Y aquí en la universidad educamos para ser feliz, no te olvides. Las personas felices hacen sociedades sanas, pacíficas, y que no dejan de crecer. Llevamos produciendo riqueza al 5% desde hace décadas.

—¿Y cómo se sigue? —quiso saber Lupe—. ¿Cuál es el programa? —preguntó tímidamente.

—No hay un programa. A partir de ahora, simplemente, y si así lo deseas, podrás venir a esta biblioteca y leer lo que quieras. Yo te contaré todo lo que quieras saber, te recomendaré libros y recursos, y te orientaré en lo que desees. Quedas liberada de tu programa. Ya has adquirido todas las habilidades que se pueden aprender con la enseñanza estándar. En adelante, la manera de avanzar es diferente. Es única para cada persona y necesita de una atención constante de alguien con más experiencia. Yo, por mi parte, dejaré de dar mis otras clases para centrarme en ti; al menos durante unos años.

—¿Y después de eso? —preguntó Lupe, que estaba confusa, aunque ilusionada, por la avalancha de información nueva que acababa de recibir.

La maestra la miró sonriendo. Y sí, era bondad lo que había en sus ojos.

—Lupe, ¿aún no te has dado cuenta? Vas a ser mi sucesora.